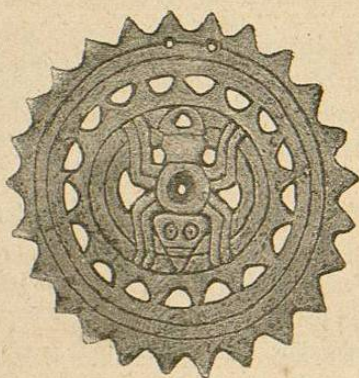
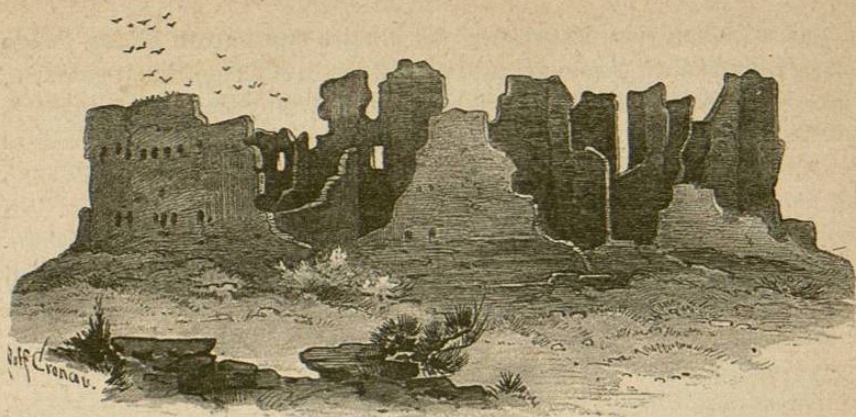


cieron en el transcurso del tiempo confundiéndose con las tribus sus amigas del Sur, entre las cuales, según se verá más adelante, hallaron los conquistadores españoles gran semejanza con lo que acerca de los constructores de las colinas hemos consignado.



Aderezo de concha encontrado en Tennessee, en el que hay grabada la figura de una araña



Ruinas de Pueblo Pintado, (dibujo original de R. Cronau)

LOS CLIFF DWELLERS (CASAS DE PEÑASCOS) Y LOS INDIOS DE PUEBLO PINTADO

De la misma manera que Europa ha tenido sus emigraciones, así también América ha sido teatro de grandísimos movimientos de población. Si los moundbuilders fueron naciones ó pueblos con residencia fija dedicados á las faenas agrícolas, también existían otras muchas tribus que vivían de la caza, y que, en persecución continua de los animales salvajes, hoy levantaban sus tiendas de campaña de un punto para mañana fijarlas á muchas leguas de distancia. Los encuentros con otras tribus sedentarias eran bastante frecuentes, porque los nómadas y cazadores errantes han sido siempre también grandes bandoleros y ladrones. Por estas invasiones de pueblos vecinos hostiles, hanse visto obligados hasta los pueblos más civilizados á tomar serias precauciones para su propia seguridad y la de sus colonias. Con este objeto, aquellos pueblos primitivos no sólo se unían con los que eran sus amigos, sino que edificaban casas fuertes de piedra y hasta verdaderas fortificaciones.

A esta causa son debidas las grandiosas ruinas de pueblos fortificados encontradas en las regiones del Oeste de La Unión, en Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona, donde no solamente se descubrieron restos de colonias en verdadero estado de defensa para la guerra, sí que hasta ciudades completas arruinadas, como también algunos edificios tan gigantescos que su circunferencia y extensión dejan atrás á todas las modernas edificaciones del antiguo Continente, aun cuando se escoja entre las de proporciones mayores. Y lo más notable es que todos esos pueblos

fortificados han sido descubiertos en parajes sumamente áridos, donde la escasez de lluvias sólo permite una muy escasa y raquítica vegetación, ofreciendo por consiguiente á la vida animal muy trabajosa y precaria existencia. Todo el territorio que habitaban los *cliff dwellers* y los *pueblos* es un páramo dilatado y triste, donde los rayos solares caen á plomo durante la mayor parte del año abrasando todo género de vegetales. Tan sólo durante la primavera, época de las lluvias torrenciales, las aguas producidas por el derretimiento de las nieves bajan de las altas montañas é inundan el país con sus grandes avenidas; pero estas aguas no son en lo más mínimo beneficiosas al terreno dando vida á las plantas, sino que, por el contrario, con su fuerza devastadora destruyen aún más aquellos desiertos desolados y los convierten en un laberinto casi impracticable de hondonadas y barrancos. Las rápidas corrientes descienden desde la altura con ruido atronador y caen sobre el suelo pedregoso, arrastrando en su carrera vertiginosa los últimos restos de tierra fértil y formando cada vez más profundas cuencas. Cada corriente y cada riachuelo, por insignificantes que sean, han llegado á adquirir su lecho propio y cada río su cañón; y gran multitud de estas corrientes y ríos constituyen el célebre río Colorado, que desemboca en el golfo de California, inmenso depósito donde se reúnen todos esos riachuelos y ríos que en vez de beneficiar el país sirven para esquilmarlo y empobrecerlo. El Colorado corre á 3.000 metros bajo la superficie del suelo, inaccesible en la verdadera acepción de la palabra, pues sólo en dos ó tres parajes á lo largo de su curso, que es de más de 2.000 leguas inglesas, se puede llegar, siguiendo en toda su longitud uno de los caños de los ríos que en su orilla desembocan, donde se ven correr sus amarillas aguas. Fuera de este lugar, en ningún otro sitio es posible descender hasta el cauce del río, porque sus orillas están bordeadas de altísimas peñas cortadas perpendicularmente.

En el centro de los mencionados desiertos, en los valles, barrancos y arroyos, á los que falta toda agua aprovechable, se encuentran por todas partes ruinas de los hogares de aquellos antiguos pueblos desaparecidos de la tierra desde hace muchos siglos. Son grandes ciudades en forma de inmensos cuarteles de piedra, cuyas viviendas se hallan unidas las unas á las otras como celdas de una colmena, ó bien casas sueltas que, como nido de águila, están emplazadas á colosal altura, aprovechando las mesetas, grietas y cuevas naturales que presentan las inaccesibles moles que bordean el cauce del río. La existencia de tales humanas viviendas prueba por modo evidente que aquellas regiones no fueron siempre desiertos tan estériles cual se presentan hoy á la vista del viajero, sino que, por el contrario, puede conjeturarse que en época remota se hallaban

cubiertas de frondoso bosque y disfrutaban de un clima mucho más húmedo que al presente, pues sus cauces contenían el agua suficiente al riego de las tierras durante todo el año, circunstancias que permitían á sus habitantes poder dedicarse al cultivo. El raro emplazamiento de dichas viviendas hace suponer también que sus moradores se veían obligados con frecuencia á rechazar los ataques de tribus enemigas.

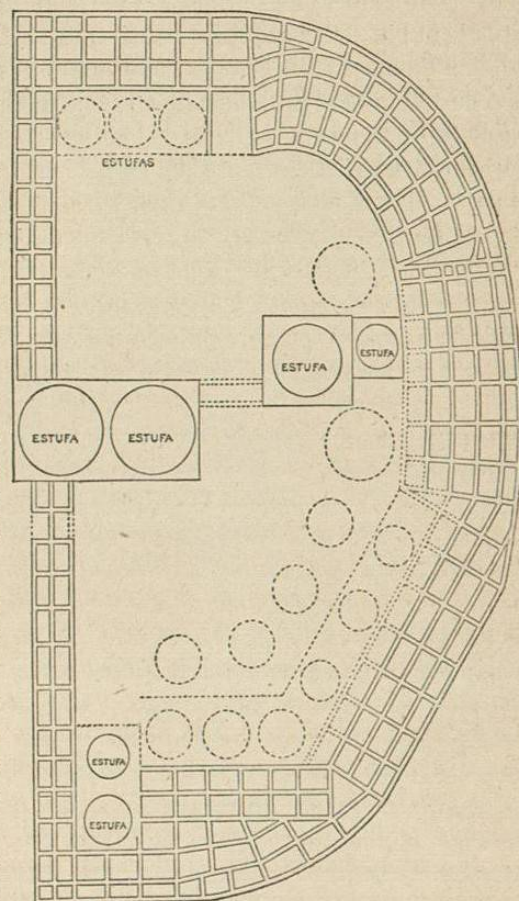
Pero antes de entrar en indagaciones históricas acerca de estos pueblos ya extinguidos, creemos conveniente decir algo de las ruinas y restos que los mismos dejaron.

Los primeros conquistadores españoles que pasaron por aquellos países, como Coronado, Cabeza de Vaca y otros, encontraron, en los comienzos del siglo XVII, varias de las ruinas citadas, que según el testimonio de los indígenas alcanzaban una existencia de muchos siglos; y Cabeza de Vaca cuenta que algunas de ellas ocupaban más terreno que toda la capital de México.

No cabe duda que los constructores de los pueblos y de los *cliff dwellings* eran una misma nación, y que en aquellos puntos en que la

anchura de los valles lo permitía se unían las gentes de una misma tribu y fundaban un pueblo, mientras que los habitantes de un valle estrecho edificaban sus viviendas en los huecos de las inaccesibles rocas.

Los valles del territorio llamado de Los Pueblos tienen muy varia anchura: el valle de Motezuma, por ejemplo, cuya longitud es de cincuenta millas inglesas, tiene 55 kilómetros de ancho, mientras que el valle del



Plano de Pueblo Bonito, en el cauce del río Chaco, Nuevo México.

Según proyecto de restauración del mismo, por Simpson

río San Juan y el del río de las Animas no tienen más que tres millas cada uno, y el del río Chaco apenas si llega á milla y media.

Los pueblos indios habitaban principalmente los valles del río San Juan, río de la Plata, Ánimas, Hovenweep, Pine, Chaco, De Chelly y Mancos. El edificio más grandioso del valle del Chaco es Pueblo Bonito, situado al pie de las abruptas peñas que forman el cauce del río. Se diferencian de otras edificaciones cuadrangulares por su figura irregular elíptica de 180 metros de longitud y 103 de anchura. En su parte central el ala derecha tiene cinco hileras de habitaciones, mientras que el ala izquierda sólo tiene tres. Enfrente del edificio principal se levantan, cerrando el patio, altas y bien conservadas murallas con otras dos filas de habitaciones. En dicho patio se ven nada menos que 21 estufas, viviendas circulares de 20 metros de diámetro, que sirvieron probablemente para la celebración de consejos y para conservar el fuego sagrado, que nunca debía extinguirse, como tampoco elevarse su llama hasta el punto de socarrar lo que hubiese á su alrededor. Las murallas que cercaban todo el edificio, conservadas en gran parte y que tienen una elevación de 10 metros, prueban que Pueblo Bonito constaba de varios pisos, levantados formando terrazas uno sobre el otro. Según opinión del teniente Simpson, tan grandioso edificio tenía 570 metros de circunferencia y contenía 614 viviendas que podían albergar por lo menos 3.000 indios. Las habitaciones ofrecían una capacidad de cuatro á seis metros de largo por cuatro ó cinco de ancho, y estaban en comunicación entre sí por medio de una puerta de un metro de elevación por 75 centímetros de anchura. La madera con que se han construido estas puertas y los marcos de las ventanas es el cedro y el pino, toscamente trabajada por medio de herramientas muy cortantes. No se observan señales de escaleras que facilitasen la comunicación entre las diferentes terrazas, y esto es debido á que los habitantes de Pueblo Bonito se servían de escalas de mano que, en el caso de un ataque enemigo, podían ser recogidas con facilidad. Si se fija la atención en que las altas murallas exteriores se alzaban perpendicularmente y eran inaccesibles; que no existía puerta alguna de salida hacia el patio, y que tan sólo las escalas portátiles representaban el único medio de comunicación, se comprenderá fácilmente que los pueblos fuesen verdaderas plazas fuertes con medios hábiles de defensa contra un número mucho mayor de enemigos. En las citadas murallas de esos colosales cuarteles se reconoce el sumo cuidado y verdadera exactitud con que han sido levantadas. Todas las piedras que las forman han sido perfectamente labradas y luego trabadas por medio de una argamasa preparada con arcilla fina deshecha en agua. Las piedras mayores se escogían para formar los marcos de puertas y ventanas colocándolas en ángulo recto. Las grandes murallas solían



Una vivienda de habitantes de peñascos en Nuevo México (copia del natural por R. Cronau)

tener un metro de espesor y se las fortalecía generalmente por medio de unas empalizadas perpendiculares cuyos barrotes tenían de 10 á 12 centímetros de grueso y otras horizontales de 16 á 20 centímetros, ambas probablemente con el fin de que dichos muros ofrecieran mayor resistencia contra los terremotos.

En el cañón del río Chaco se ven en la actualidad varios de esos enormes edificios, y más abajo los pueblos Beche Chi, Una Vida, Hungo Pavía, Ketro Kete, Grande, Del Arroyo y Peñasco Blanco, este último construido de forma elíptica y cuyas murallas tienen 160 metros de longitud. Las del pueblo Ketro Kete, también llamado Chetro Kette, tienen 13 metros de elevación y 310 de largo. En sus cercanías, y apenas visibles desde el fondo del valle, se encuentran, en lo alto de un páramo, las ruinas de Pueblo Alto, á las que se puede ascender únicamente por una escalera cuyos peldaños han sido trabajados en la roca viva. A derecha é izquierda de esta escalera han sido practicados varios agujeros en la peña para que pueda en ellos afianzar las manos el que suba. Cuarteles parecidos se hallan en el valle del río de las Ánimas, del de Frigolas y del Santo Domingo. En el cañón del primero se ven los restos de un pueblo que debió tener cinco ó seis pisos, y cada uno de éstos 70 viviendas, algunas de las cuales, que se comunicaban entre sí por el intermedio de puertas colgantes, presentan otras dos puertas y varias ventanas. Esta clase de ruinas se extienden por el Arizona y parte del Norte de América, y las más célebres, entre las que se encuentran más al Sur, son las *Casas Grandes* del río Gila. Estas fueron ya descritas por el Padre Monje, que en unión del jesuíta alemán padre Kino (Kühn) las visitó en 1697 y las halló en mucho mejor estado de conservación del en que hoy se encuentran. Probablemente hubo allí once edificios diferentes de varios pisos y cercados por una muralla de metro y medio de espesor. La causa principal de la destrucción de esta ciudad antigua ha sido el estar edificada con adobes solamente sin mezcla de piedra alguna. Según parece debió ser el centro de un territorio muy poblado, pues hasta donde alcanza la vista se ve el suelo cubierto de murallas derruidas y de edificios arruinados, encontrándose además vestigios de antiguas acequias, respecto de las cuales dice el Padre Monje que la principal tenía nueve metros de ancho y dos y medio de profundidad, y que llegaba hasta el río, distante de allí 16 kilómetros. Las largas vallas de tierra de cuatro á seis metros de elevación que en la comarca se observan, debieron servir de cercas para el ganado. Los habitantes de estos pueblos parece probable que vivían bajo un régimen comunista, pues las tierras eran de propiedad común y se repartían anualmente entre los jefes de familia, los cuales hacían la recolección de las cosechas como acontece al presente entre los pueblos indios de Nuevo México.

Además de los mencionados gigantescos edificios son también de interés las *cave dwellings* (edificaciones en las cuevas) y las *cliff houses* (casas de piedra), que, no obstante diferenciarse mucho de los Pueblos, acusan el mismo plano y la misma construcción, y que debieron ser habitadas por hombres de la misma procedencia y de idéntico género de vida.

Estas viviendas generalmente se encuentran emplazadas en los cañones más estrechos, donde la tierra fértil de aluvión tenía tan poquísima extensión que era insuficiente para proporcionar sustento á mayor número de personas. Las contadas familias que habitaban en aquellas apartadas regiones tenían que observar todo género de precauciones para defenderse de los ataques que les dirigieran sus enemigos, más poderosos que ellos. Con tal objeto levantaban sus hogares en sitios de difícil acceso, en lo más alto de las rocas, en las hendiduras de las peñas, ó en las innumerables cuevas y agujeros que las influencias del tiempo habían formado en las capas de piedra arenisca más ó menos dura. Allí, cual nidos de golondrina, se ven esas viviendas, pegadas á la peña en su parte más alta, y es por demás curioso fijarse en el arte con que las piedras que las constituyen han sido afianzadas á la inmensa mole, y ver el exquisito cuidado puesto por sus constructores para que el exterior del edificio se confunda todo lo posible con la peña misma.

Cuando Stéwenson, uno de los primeros descubridores de aquellas regiones, guiado por un viejo cacique, llegó allí, ya sabía por otros indios que existían tales casas de peñas, y por lo tanto suplicó á su guía que le enseñase algunas. Pero como el anciano no se hallaba dispuesto á ello guardó silencio, y sólo cuando el viajero insistió de nuevo, le contestó: «Usted desea ver antiguas casas; pues bien, se las enseñaré, pero están doce leguas distantes de aquí.» Al día siguiente llovía y el cacique se negó en absoluto á acompañar al viajero. Este emprendió el camino solo, anduvo próximamente unos 55 kilómetros en la dirección que el guía le indicara el día anterior; pero no pudo encontrar la más ligera huella de lo que buscaba. Supuso que el anciano le había engañado y se volvió. Dos ó tres días después manifestó el cacique á Stéwenson hallarse dispuesto á guiarle hasta la antigua ciudad de las ruinas, y con efecto ambos marcharon dirigiéndose hacia una lejana cadena de colinas á cuya espalda se elevaba el cono de un antiguo volcán apagado. Hallábase próximo Stéwenson á los montes de la dicha cordillera, cuando observó gran número de negras manchas que, cual nidos de golondrinas, se extendían á gran altura en lo más alto de las peñas. «¿Qué es aquello?, preguntó á su guía.—Casas, contestó aquél.—No, replicó Stéwenson; no aquéllas de arriba en la punta, sino esas manchas negras de las peñas.—Casas, replicó el indio; casas digo á usted, muy antiguas casas.»

El cacique había dicho la verdad: á unos 330 kilómetros de distancia se extendían aquellas viviendas á lo largo de las peñas en filas de dos, tres, cuatro y hasta cinco, unas encima de otras. Stéwenson recorrió por espacio de algunos días aquellos parajes, reconociendo detenidamente el interior de las deshabitadas chozas y visitando algunos sitios distantes á veces hasta 248 kilómetros entre sí, y desde los cuales aun podía distinguir, valiéndose de sus anteojos de campaña, algunas cuevas que se hallaban entre 83 y 105 kilómetros más lejos. La mayor parte de las viviendas eran del todo inaccesibles, y sólo en muy pocas se encontraban antiquísimos senderos debidos al paso continuo de los habitantes. Aprovechando algunos atajos logró el viajero subir hasta algunas de estas cuevas, y al visitarlas pudo observar que en forma y construcción ofrecen gran semejanza. En todas ellas tuvo ocasión de reconocer que los huecos naturales de las peñas habían sido ensanchados por la mano del hombre, según la capacidad que tenían, con el fin de construir en ellos tan sólo unas cuantas viviendas ó pueblos enteros. Que habían sido ensanchadas las cuevas se conoció por la forma y dirección de los surcos, que corrían todos paralelos, distantes unos de otros algunos centímetros, y la parte pedregosa entre ellos había sido arrancada, como lo atestiguaba la áspera y tosca superficie. Dichas cuevas están cerradas por delante con murallas, en las cuales se hallan emplazadas la puerta y las ventanas, por cuyos respiraderos debía salir al exterior el humo de la lumbre. Durante la visita llevada á efecto por el ilustre viajero tuvo ocasión de encontrar varias excavaciones al lado de las viviendas, una de las cuales contenía porción de judías y mazorcas de maíz, prueba evidente de que aquellas gentes guardaban allí sus provisiones alimenticias. Al mismo tiempo halló establos para el ganado, algunos de ellos con estiércol convertido en polvo, sin que hasta el presente se haya podido comprender cómo aquellos hombres pudieron subir los ganados á semejantes alturas.

Muy curiosas son igualmente las edificaciones descubiertas en el cañón del río Mancos, cuyas rocas se componen de capas de piedra calizo-gredosa alternando con otras de arcilla que las lluvias y los temporales han arrastrado en muchos sitios. A ese cañón, de 30 millas de extensión por sólo media, ó á lo más, una de ancho, le circuyen paredes de rocas de 300 á 650 metros de elevación. Diez millas más arriba de la desembocadura del cañón se encuentran, en una espaciosa cueva y á 13 metros sobre la superficie del río, siete casas, tan bien conservadas todavía como si hubieran sido abandonadas el día anterior. La tan dura cuanto fina argamasa con que fueron trabadas entre sí las toscamente labradas piedras, conserva aún la huella impresa de las manos de los hombres que edificaron aquellas moradas, cuya construcción data de muchos siglos. En una es-